Miguel Hernández en su concentricidad: una palabra apasionada y entrañablemente terrestre

Jacinto Luis Guereña

Adentramientos

La memoria se trasvasa de una época a otra, y el hombre que recibe y acoge tales presencias, con sus correspondientes territorios de ausencia, tiene que sentir el peso de semejante realidad, sintiéndose dolido. Más, si cabe, en un poeta, con latidos de brío malherido, viviendo y soñando malheridamente. En ambas orillas, y siempre según la situación que se vive, se nota el acercamiento y la separación de las aguas de la existencia, aguas que la sensibilidad nunca ignora en la poesía, nunca puede ignorarlas. Es el cuerpo mismo del tiempo terrestre y humano, su sustancia, su esencialidad.

Por eso creo que en la palabra miguelhernandiana arden luces y sombras, compaginándose, haciendo y rehaciendo el horizonte socio-geográfico de sus años, eminentemente españoles. Me refiero a sus heridas y esperanzas de historia, con la paz y la guerra como referencias, con rosas y hojas secas asimismo como factores del caminar del corazón. Abriéndose, sembrándose, incluso vaciándose, «por amor» como el poeta decía, de modo apasionado y entrañable, desmesuradamente.

Tal vez sin saberlo, y es que muchas cosas ocurren sin nuestra determinación, en esta poesía que veo como muy terrenal y sin que se deshagan los nudos de la emoción asumida, se fueron realizando educaciones de la interioridad, la función en sus trasiegos de intuición y razonamiento en torno al epicentro de las verdades más sencillas y por eso mismo más permanentes. Así, se entremezclaban en las estrofas y en sus afanes dinámicos tanto la biopoética del lenguaje

fragmentario de las palabras como la biopoética del poema propiamente dicho forjándose como espejo y como sueño de bumerang al propio tiempo. Es interpenetrarse y concediendo a la savia de la escritura todo cuanto arraiga al poeta en sus convicciones y en sus enigmas, divinizándole casi (como en recorridos juanramonianos ante el poema y su adecuada página blanca y temblorosamente invitante) y realzando así más y más la posible génesis de luminosidad del mosaico poemático. Esfuerzo que siempre exige mucho, pero el vuelo de las palabras, si vuelo se produjese, necesita esa fuente, se basa en esos arranques de mucha hondura y de invisible movilidad. En ese intercambio de biopoéticas, en su diálogo más llameante, halló el poeta de Orihuela surco y sembradura. Es inútil recalcar que lo cosechable, que fue importante, se fue confirmando con el paso del tiempo, lográndose mostrarse en desnudez hermosa a medida que lo esperanzado se sentía más reducido, una decantación del sentimiento y de la palabra que, por fuerza, resultó emocionante en sus floraciones de dolor y ausencia de libertad, palabra más rica de densidad estremecida y con avidez de romper el cerco evidente y nocivo de las sombras.

Se llega, en esa voluntad de tentativas poemáticas, a una especie de síntesis. Pese a la juventud del poeta, todo se refrendaba en la tristeza. ¿Cómo acallar las heridoras agujas, oscuras y penetrantes, de una guerra no ganada, de un primer hijo muerto, de una mujer no gozada, de un encarcelamiento que rompía los cauces libres de la geografía y de su biografía más personal?

Una energía vital y llena de luz, ennegreciéndose, evadido su poder como riachuelo entre arenas absorbedoras. Tenía que ser causa de tristeza, le obligó al poeta a concentrarse en fases que nunca (muy poco antes, además) hubiera podido imaginar. Ya no era, en aquellos duros y tristes años de 1941-42 lo que había sido, ni sombra de lo que fuiste, de lo que fue. El sumario del tiempo hombre habiéndolo sido, «Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras», la ceniza y la energía que fue luz ante todo.

Es una lamentación, aunque sin excesiva fulgurancia. Abarca ya la fase final de «El hombre acecha», y se pone de manifiesto en lo que se ha dado por llamar «últimos poemas» y que tienen su denominador común más expresivo y representativo en «Cancionero y romancero de ausencias». Todo desemboca en esa palabra doliente y agonizante (un poco dentro de la significación unamuniana) y se acrecenta su sufrimiento al verse varada y sin posibilidad de vuelo, el encarcelamiento acaba por limar cualquier veleidad de escapatoria pese a apoyarse en algo tan urgente siempre como es la atracción del hogar con presencias deseables y necesarias que se llaman esposa y, lógicamente, hijo.

Pudiera hablarse de un dolorismo muy convincente, y hasta con ribetes de religiosidad oscura y subyaciente, ecos de un primitivismo popular, el llanto de vivir aherrojado y que las palabras expresan en deslumbrares tristes (en conocidas cantatas de Bach incluso, aunque en purificación musical que las enriquece) y también puede evocarse ese corazón que sangra en muchos altares y que a tantos españoles enmudece aún por fervor. Tal vez un quietismo de lejanías, inconfesado y desconocido. Pero, desde luego, los aldabonazos de un dolor real y que no se consigue encajar nunca al no gozarse de la magia ofrecida por el

universo a los seres libres. La palabra, en cuevas con puertas cerradas, no puede verdear, nunca vence y sólo se hunde en sus propias mutaciones de tristeza. El que la poesía así no pueda vencer sólo es mera interpretación de sentimientos, ya que su fibra activamente humana está muy por encima de las circunstancias a que obedeciera. Y ahí brilla su victoria, se vuelve creatividad de huellas imborrables. Es el precio que pagó el poeta, aquellas heridas de amor, dolor y muerte que llevó como tatuaje, aquel impresionante camino y cuyo límite final se cerró en 1942. La concentricidad poemática, sin trampa alguna. Con un anillar apasionado y constante en sus simultaneidades.

Puntualizaciones de los peldaños

Toda obra (y hasta toda vida-obra, tal como conviene tomar la fórmula, aplicándola desde lo juanramoniano) se testimonia en la escalera que se va subiendo y se va bajando con arreglo a los paisajes de la escritura, a las luces y sombras de sus instantes. De entrada, sin tono solemne alguno, que sería pretensioso e inoportuno, no doy ni mucho menos valor de axioma a mis frases interpretadoras. Pero es indudable que al hablar voy evocando muchos años de conversación con la obra miguelhernandista.

¿Y qué deduzco, qué saco en limpio si asequible fuera tal deseo?

—Confieso que es obra que ofrece validez, la conllevo como construcción sólida, obra para durar y persistir emocionadamente, fuera de las contingencias que arrastran estelas de lágrimas. Mi creencia se basa en su itinerario de palabra esencialmente desnuda y auténtica, poema de penetración acaso para siempre soñadora en los caminos de lo geográficamente humano y a pesar de que no se cierren sus heridas atormentantes.

—Mi sensibilidad no logra dialogar con sus escritos primerizos y que en nada son anunciadores de poesía cabal pese a que haya destellos a veces.

—Tampoco veo su esencialidad total en la serie sonetística, aunque en su mayoría esté muy lograda técnicamente y en sus arquitecturas clásicas, y reconozco que se entresacan (y yo entresaco, sin la menor duda) algunos sonetos ardientes y que ofrecen a la lectura logro ejemplar de métrica sonetista y humana.

—No me adhiero a la obra en prosa, a una pluma de dispersión que asimismo iba buscando raíces dentro de formas teatrales y en algunos artículos de efímeras emociones compartidas, no se alcanza ahí lo conmovedor de la belleza que densifica palabras y versos y estrofas, su obra en verso, sin trabas.

—No puede considerarse baldía la etapa de preocupaciones de los poemas, casi desintegrándose su concepción más abismal, ya que al quererse abarcar mucha enjundia de lo meramente circunstancial, se llega a apretar menos y, en cierto modo, se aprieta poco. Es que los empujes de razón en la palabra son inferiores a la semilla tajantemente poética que brota más bien en participaciones directas de ternura y con una palabra que fluye con arreglo a enigmáticos esquemas de encaminamiento. Refréndase así el criterio que lo que fuera poesía

de sed combativa y de ajuste socio-soñador de compromisos, al ser actuación de circunstancias (por muy entrañables que fueran, ¿y a quién se le ocurriría pensar que no lo fueron?) se queda más acá de su proyección de latido humano en lo desnudo y en lo directamente sensible, en la temática más elemental y constante del mundo, y sin que se agreguen aportes que parecen consolidar en apariencia y, acaso, debilitan conforme pasa el tiempo y se modifican estructuras de la escritura.

—Queda claro que defiendo, y aclamo, y exalto, con toda serenidad, alabándolos como es debido, enarbolándolos incluso como conquista de la poesía, aquellos textos poemáticos, ya hacia el final de la existencia, una palabra entrañablemente sentida y agónicamente reforzada en llamamientos de esperanza. Se trata de una poemática de amor y dolor y muerte cuyo poderío, alternativo o concomitante, es fascinante, fulgurante. Es esta fase, la del poeta arrostrando tormentas al meterse en la vida de cuerpo entero y sin disfraz alguno, una voz angustiosa y asimismo gozosa a ratos fuera de riendas que la dobleguen, vinculándose a experiencias tanto de promesas y de ilusiones como de amarguras y en donde siento repercutir en las mismas entrañas las quemaduras pese a todo animosas y hondas y apasionadas de nuestro siglo y en arraigo muy temporal en tierras y pueblos de España. Recógese aquí asimismo una temática universal y contemporánea, poesía con denominador común de la vida y de los días, llevada hasta lejanas consecuencias por el poeta de Orihuela. Es un modo muy suyo de ir usando los sentimientos en subir y bajar los peldaños, es una metáfora de dolor que coexiste, siempre, con una permanente sed de amar, ansia y libertad de recreación íntima de vivir en poesía, respaldándose en admirable supremacía de comprensión y no de vanidad. Yo diría que esta obra tiene posible nacimiento, como alba de soles, en ese doble acompañamiento de ansiedades en símbolos tan agudos en pasión y agonía como ya se lee en «El rayo que no cesa». Sería casi lo que habita su obra más válida, lo popular en su viento, estremecimiento que en sus oleajes de amor y siempre entre desesperación y peligros y acorralamientos está vibrando en sus poemas con luz de construcciones-destrucciones, acaso la relación trágica y ya prospectiva de ese conjunto de poesía, y pese a encarnar, sin embargo, una fase aún sin la total y próxima representatividad editada de la palabra más orientadora y anclada del mundo hernandiano. Es lo de:

Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida.

Todo queda, aquí, proyectándose en lo que será paisaje único del poeta: herida y dolor. Para mí, a partir de textos así, ya se esculpe la radicalidad poemática de un universo que a todos atañe. Ahí vibra la modernidad angustiadora de imágenes, el poeta sembrándose y acaso su corazón, «a ver si con partirlo y con sembrarlo/, la primavera lo mostraba al mundo/ el árbol puro del

amor eterno» (J. R. J., poesía «octubre»). Responsabilizándose, sumiéndose a fondo con su palabra de mayor veracidad terrestre, con todos los sueños de su significación humanísima, prístina, cotidianamente mágica. Lo desmedido es, también, hermosura, su sed inabarcable y anhelante, es palabra aleccionadora.

Una nomenclatura de emociones embargadas y trascendentes aletea en esta poesía. Junto a las heridas, la reiteración de que siempre puede renacer la ternura. Pese a la oscuridad, pese a las garras de muerte, pese al luto entristecedor. O, acaso, como fluyentes deducciones. Lo amoroso, desde siempre, supuso impulso más que razón, ¿y cabría tal planteamiento? Recordemos dos composiciones-canciones del conjunto final y cancionero, se nos dice:

Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, nadie. (canción 94)

y el eco complementario, como ansia de alejarse del vacío anonadador, cuando la ley de mutaciones cumple con su cometido, la ley lavoiseriana de una conservación basadándose en transformaciones, y que podemos apropiarnos:

Después del amor, la tierra.
Después de la tierra, todo. (canción 97)

Todo, por lo tanto, aún con posibilidades, el amor y la vida, la geografía y los sentimientos, la satisfacción y la amargura, la riqueza y la pobreza, la balanza que rebosa tanto de azar como de convicciones, y así la poesía con una especie de resignación que no excluye la esperanza, acaso lo último que se pierde. Tras «nadie», es «todo», convencimiento, reconciliación, la sana y compleja especificación de una simbiosis hermosa, la plenitud de la luz-vida en su morada natural que es el mundo terrestre y universal. El aventurero camino que sobrecoge y que estalla atormentadamente, anillo que no se desenlaza, la tensión que parece estrangular dolientemente:

Si esto es vivir, morir no se yo qué sería...

la realidad corroboradora de desgracias y que arde en el muestrario de lo aburdo, en la composición poética titulada «Sigo en la sombra lleno de luz».

Tiene que espiguear alguna que otra miaja de felicidad, por efímera que sea, un acentuado e ineludible diálogo en ofertorio de amor, vivir que actúa entregándose para así acoger idénticos sentimientos que proceden de fuera.

¿Hubo vacilación en esta entrega? Nunca pudo haberla, su búsqueda fue insaciable y, lógicamente se hizo simbología de dolor y sin la tan añorada satisfacción total, siempre le faltaba algo, aunque en poesía muy poco, es la verdad, y en voz de llanto enmudecido el poeta ponía en juego todo su ser, aquella concentricidad suya de la que no podía emerger, vivir y soñar, amar y morir, como inevitables reflexiones en el camino relampagueante de la conciencia y de lo más caudalosamente intuitivo en su comprobación poemática, lo de «las

gramas, las ortigas/ nutren una misma savia» (canción 52, «Cancionero...») y se adivina la traslación de otro vocabulario con savia asimismo nutridora si se tratase de rosas y de huertos frutales, es la misma ambición y la misma justicia, luz que con su turbadora coherencia puebla días y cosas, la fuente de vida que transfigura espejos y espejismos, la ontología radiante de inquietudes y de acosos en un corazón abierto a todas las tormentas.

Tal vez se dibujen en el friso de la biografía creativa y aparezcan rayos determinantes de la escritura, acaso vénse encaminamientos como inexorables direcciones (incluyéndose apreciaciones como fuente originaria y explicativa de la obra literaria, lo que el galo Michel Tournier expresaba en una entrevista, en Antena 2, octubre 1990, que no se puede ser escritor de un cierto valor si no se leyó muchísimo en la época juvenil de formación), es realidad constatable en Hernández ante el libro de la naturaleza y como homenajeándola en su Orihuela. Pero hubo otros derroteros de formación, aunque siempre casi atropelladamente dada la época socio-hitórica de aquellos años de la 2.ª República. Sin desdeñar otros factores, tal vez puedan destacarse tres caminos, tres encaminamientos, y los enunció así:

1) la decisiva y caladora influencia de lo nerudiano, una constante en fértil continuidad, acogiéndose a través del poeta chileno, con «España en el corazón», la sangre lorquiana aquella que trepaba por las paredes mientras corazón arriba se buscaba el alba y el amanecer no era, deslizándose con enorme brío la generosa fenomenología del surrealismo dadas su libertad y osadía sobre todo;
2) el dinámico despertar de insomnes pasiones que escarbaban en el tiempo, ímpetu tanto primaveral como quevediano, feraces entusiasmos con sus simientes acrecentadas y soñadoras (el pueblo de España, primitiva y desnudamente) al tener que defenderse y activar su trayectoria solidaria con motivo del alzamiento anticonstitucional y antigubernamental del 19 de julio de 1936;
3) agónicamente, la luz trágica en la imperativa presencia del amor, tiempo ante acosos del hombre herido y hasta muerto de amor, errancia y espera en albas y noches, el amor de cosas sencillas y naturales creándose una iniciativa urgente de existir soñando al hallarse el poeta en la situación inhóspita y cercenadora que es la cárcel (por suave que fuese, y por desgracia no lo fue), la impaciente paciencia que se expresa en exaltación y celebración de cuanto no se posee, lo mismo mujer e hijo que comida y amigos y una geografía sin vallas que aherrojan a cualquier utopía.

No es que con este análisis se pretenda descubrimiento alguno en innovaciones interpretativas de la poesía miguelhernandiana, pero me parece que estos tres factores determinan y orientan la emoción de lo que es calidad suya, y ratificándome en la creencia de que esa trayectoria late especialmente en «Viento del pueblo» y en «Cancionero y romancero de ausencias».

Aseveraciones más o menos desperdigadas

Un fluir de empecinada voluntad, en palabra sobria y nada orgullosa, la autenticidad a ratos escalofriante del dolor de soledades en retórica desnuda y acuciante, la experiencia de una escritura cancionera y tajante, el vuelo que se arraiga más y más en lo terrestre, ligerísima caricia de amor junto al llanto marcado por cercanías ausentes y por ello intensamente recordadas, malheridamente presentes. Palabras que van lejos y duelen por tanta desventura y en tan frágil edad de existencia. No se olvide, ya que nacido en 1910 el poeta tan sólo tenía treinta años al acabarse negativamente la guerra, en 1940, y es precisamente entonces cuando empezó a brotar (pese a que se continuase y con la misma fuerza la fase precedente, amor y esperanza durante la guerra) la poesía más densa y mejor que escribiera, la que más tiembla y que logra que nos estremezcamos más totalmente, es cuando obtiene su voz más peculiar y como si borrase la voz que, prestada, parecía haber tenido, una voz que no siempre fue limpia y personal sino arropada de artificialidad más o menos mimética y tradicionalista. Sin embargo, es voz que siempre manifestó la desgracia y con canto por infortunio y sufrimiento, sombra entreverada de fulgente conciencia y de sed descantada.

¿Se hizo daño mintiéndose y aplazando así la floración de sus mayores exigencias? ¿No estuvo cohibiendo la rebelión de su palabra, la que le salía a borbotones con albas de cortante espontaneidad?

Todo su afán de crear se concentra en años de tensión y de dificultades económicas. Su vida, entonces, se resumía en pedir: que si empleo, que si huecos para mostrar su poesía, cosas de absoluta normalidad. Los años tienen vértice de reunión y de convergencia. Y de lo amoroso se pasó con máxima rapidez a lo tenazmente esperanzado y solidario, lo primigenio se volvió canalización de dramatismo y muy pronto, todo fue eslabón de poquísimos años, como se sabe, intensificación de sentimientos concretos de la palabra de poesía, la guerra y sus horizontes desmelenándose la inspiración, el posterior lirismo del encierro, lo que era voz deseante en «El rayo que no cesa» para abrirse paso como encendido «Viento del pueblo» y así entre alas desplegadas depurarse más todavía en las fieles concisiones de herida que en «Cancionero y romancero de ausencias» se aposentan con sinceridad desprovista de énfasis y que no hacía mucho había lucido en bastantes de sus versos hostigándolos y modificándolos aunque nunca en supresión de su apasionada belleza.

El encaminamiento se mostraba con huellas clarísimas, una voz que su conciencia y su fervor constructivo le habían estado pidiendo realización, a tirones y del modo más resuelto. Ejemplo menor, incluso, que el poeta quería sacar a relucir en el drama teatral «Los hijos de la piedra», el teatro mineral que a caballo ya entre 1934 y 1935 estaba concibiendo y escribiendo (carta a Cossío, 20-7-1935). Ya posee la confianza indispensable, la que le sirve de cimiento y también de andamio. Se trata de otro libro, de su segundo libro: «Al revés de «Perito de lunas» éste es un libro descendido y dependiente del sol, solar. Claro y concreto....» (carta a Pedro Pérez Clotet, 29-8-1933). No es ir hacia atrás, es el

encadenamiento impuesto por años de su aventura biográfica. Porque tenía que caminar por otros caminos de la escritura. No podía bastarle aquella atracción a base de métrica y de vulnerables cristalizaciones de la palabra. Pero siempre lo supo, por lo menos lo presuponía. Desde siempre acaso. ¿No trababan oscuridades sus relaciones con Sijé y con José Bergamín?

La fase, entonces, aferrándose a voz doliente, «estos momentos críticos de mi vida y mi huerto». ¿A qué se refiere? Un libro de su poesía de entonces, confiesa que «casi todo escrito en un ay: casi todo sangre» (es «El silbo vulnerado», se lo escribe a Luis Felipe Vivanco, Orihuela, enero 1935). El grito de la tristeza, la sombra duradera y enigmática, la insistencia de la pena. Todo iba a abrirse como una granada, como los gajos de una naranja madura. Son connotaciones del lenguaje tan hiriente como su propia imagen. La piedra colérica y, entre rebecos, la liberación de oscuros rayos amarrados, corazón que crece en sus mil calabozos interiores, poema ay casi todo de sangre, voz que tendría que ir surcando por angostos barrancos, los de sus Elegías, como la primera, a F. G.ª Lorca, sufriéndose en silencio el goce de muerte diaria, o la segunda («a Pablo de la Torriente, comisario político») con memoria y vida de un combatiente que se quedó en la hierba de España, o aquella iniciadora elegía a Ramón Sijé, que escrita el 10 de enero de 1936 el poeta puso como texto de cerrazón de «El rayo que no cesa», crispación en una quietud que ya nunca podría aparecer y a sabiendas de que nunca existió cándidamente.

Su tiempo de vida es angustia entre las angustias, la comezón que le va desgarrando y resbala por sus creaciones, como cuando confiesa «hice esa tragedia (se refiere a su teatro, el deseo de que se estrenase «El torero más valiente») por aliviar la mía» (carta a F. G.ª Lorca, 1-2-1935). El ancla de la inmovilidad, la capa pesada de lo dramático. ¿No había que salirse de una vez para siempre de antiguas rodadas, del camino con cunetas traicioneras? ¿Una creencia que no lo había sido, que no lo era? ¿El poeta fingiendo, o mejor dicho, mintiéndose? No le debió resultar fácil residir en Orihuela entonces, y con los versos que le nacían y la realidad dominadora de Círculos y Casinos de índole católica muy afirmada. Un camino homicidamente recorrido, y tuvo que sentirlo hasta los días de su muerte. El dolor, acuchillándole hasta el último instante, y con mayor crueldad al hallarse detrás de los barrotes y en ausencia de su mujer e hijo. ¿No era martirio atosigarle así? Se quiere que vuelva a mentir, que se confiese de sus errores de fe y de poesía, que renuncie a su creación ardiente, corporal y terrestre, una situación durísima al final, ya en el Reformatorio para adultos (cárcel, con exactitud) en Alicante. Cabe leer la introducción al «Epistolario» (Alianza, 1986), allí la Iglesia insistía en rectificar itinerarios espirituales del poeta, en corregir su crisis (?) ganándole para su seno, es lo que se buscaba gracias al padre Vendrell, por consejo directo de Luis Almarcha, otrora amigo orilense del poeta y que le pagó la edición de «Perito en lunas» y que entonces había sido canónigo. De aquella situación hay datos en esas páginas introductorias con una referencia concreta: «nosotros no vamos a conseguir de usted lo que queremos, pero tampoco usted conseguirá lo que pretende» (La Verdad, Murcia, 18-9-1975). Traduciéndolo adecuadamente, eso significaba que: 1) no declararía el enfermo que criticase

negativamente al pueblo español que se había defendido y que él mismo adjurase de su actuación socio-líricamente humana; 2) pero se mostraba bien a las claras que en ese chantaje inmoral iba a perder el poeta, ya que no se le trasladaría al Sanatorio Antituberculoso de PortaCoeli, de Valencia. Todo equivalía a condenarle a muerte próxima y a que eso sucediese allí mismo, en la cárcel alicantina.

Este taller de verdades y de hipótesis, de sometimiento de verdades y mentiras a la desnuda exigencia de vivir y de escribir, la trabazón de años anteriores cuando la revista oriolana «El Gallo Crisis» y demás, cuando no se había descubierto el paisaje de sangre de 1936, exactamente un año antes, en julio de 1935, lo que nos enteramos en carta a Juan Guerrero Ruiz: «sale un poema mío escrito hace seis o siete meses: todo él me suena extraño. Estoy harto y arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica. «Y acto seguido interviene la claridad más aclaradora de esta carta: «Me dedico única y exclusivamente a la canción y a la vida de tierra y sangre adentro: estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrena hasta más no poder, estaba traicionándome y suicidándome tristemente». Y su conclusión es rotundamente humana y poética: «Sé de una vez que a la canción no se le puede poner trabas de ninguna clase: no sé cómo explicar esto».

No caben explicaciones, es el misterio de la escritura poemática, su hondura y su altura. Es el don de la palabra, la luz que dentro alumbra y arde y guía entre los pasillos oscurísimos de la sombra, la interiorización de recuerdos y emociones, todo ese universo que la voz hernandiana recogía. La vida y la muerte, el tiempo de los días en la tierra del vacío y de la plenitud, las luminosas circunstancias del «todo» y del «nada», esas lámparas en cualquier momento encendidas como portavoz de un lejano y humanista bucolismo, semilla esparcida por puro amor, la emoción constante y muy sensible en vivir y morir tensa y enamoradamente. Con todo el popularismo que ahí se arraiga y emerge con denuedo, entre mimetizar y personalizarse. Tal vez, subrayándose la creatividad hernandiana, su calidad. Con la luz unificadora de la existencia libre en el campo de libertad, metáfora tanto individual como colectiva, la radicalidad del metaforismo más exigente.

Ratificaciones

En afianzamiento de lo que puede expresarse, y así se expresa, gracias a fragmentos de la sensibilidad más ávida, una dignidad que revela pureza y compenetración del poeta con su palabra y asimismo con su tierra y con su pueblo. No es de extrañar que colocase dedicatorias a poetas amigos al frente de sus libros íntimamente sentidos y humanamente valorizables.

Así, en «Viento del pueblo». Leemos frases de mucho alcance, como: «...nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres... cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido... Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra... Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para

pasar soplados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas...» («Dedico este libro a V. Aleixandre»).

Sin transición, de todos modos innecesaria, se observa el refulgir de la palabra y de su poesía, envolviendo al hombre y al mundo en sus alas. Todos es pasión entrañable en la madurez terrestre de la vida. Como se tarifica en otro libro de intenso fuego humano, «El hombre acecha» y se abre con recuerdos y agradecimiento, «Dedico este libro a P. Neruda». Entresaquemos palabras, se estaba viviendo un hoy de acendrada y casi ciega pasión, había regueros de sangre enfervorizada de vivir y morir, y al poeta chileno le dice: «te oigo, te recuerdo en esa tierra tuya», mientras se proyecta la realidad de modo cercano y desaforado, la memoria es brújula que encandila: «Oigo tus pasos hechos a cruzar la noche, que vuelven a sonar sobre las losas de Madrid...». El poeta vibra y quisiera transmitir sus vibraciones: «Un rosal sombrío viene y se cierne sobre mí, sobre una cuna familiar que se desfonda poco a poco, hasta entreverse dentro de ella, además de un niño de sufrimiento, el fondo de la tierra... Tú preguntas por el corazón, y yo también... Pero mira el pueblo que sonríe con una florida tristeza... «Ya nada será como antes, acaso haya tabernas de amistad y de alegre sustancia. Otros mapas surgirán en la geografía española. Entonces, y era dolor que destruía, la guerra echaba a volar sus simientes de venas acalladas, de rostros sin sonrisa, de cuerpos sin la mágica complacencia del deseo no vencido. Muchas lágrimas en días de crispación y de crueldad y no en leves resplandores. Es algo que el poeta intuía y vuelve su dolor al acabar el primer texto del libro, «Canción primera», y con él reiteramos la arraigada herida:

Hoy el amor es muerte....

No sé si deja de serlo en alguna circunstancia, en óptica del pensar orteguiano. La emoción, que rebasa cualquier lindero, que aclama en miradas esperanzadas la primavera volcánica de miel y de pasiones nunca sedimentadas, porque el amor no tenía, ni tiene, por qué ser símbolo directo de muerte, la ternura se aleja de uñas y garras, la palabra poemática ansía y busca entregarse a una paisajística de la cada vez más alejada felicidad. Mientras tanto, un único caminar por las soledades del encaminamiento de la rabia y de las lágrimas. La poesía, densificándose, esencializándose, acaso como fidelidad del amor que cabe enunciar y sembrar y proteger y salvar.

La desembocadura que vuelve a su manantial

La constante fulgurancia del diálogo, hallarse cerca y lejos, estar inmerso dentro y fuera, desnudarse, sacrificarse incluso, toda vida como amor y no como negrura de muerte, y tampoco porque quedara grabada en zonas memorísticas la palabra jorgemanriqueña, aquello de que cualquier tiempo pasado fuera mejor, admitiéndose así la poco contribuyente nostalgia, la mejor vida, el mejor amor de otros tiempos irrevocablemente ya tierra de otros y distintos semilleos.

Cuando el punto de desembocadura regresa a su fuente, es buscar la connivencia de emociones, consolidar las teselas de emocionantes mosaicos, ayudar a que la escritura elabore misteriosamente su propio mundo. El que a cada poeta le corresponde íntima y oscuramente, donde gramas y ortigas vecinan en el florear de amapolas y ranúnculos y acianos, residencia en el tiempo y los sueños con la misma y auxiliadora savia.

Está latiendo en esta poesía de entrelazamientos un a veces borroso aroma de tristeza, como de imposibilidad, como si las fuerzas se diesen cuenta de su fragilidad en el combate creativo y vital de las palabras, se ajustaba a lo integrado en una línea experimental y terrestre, a ese «yo sé que ver y oír a un triste enfada...», plásmase con la gubia que abre y cierra caminos, documento de la poesía que siente y sufre, ya desde el principio en la noche de los tiempos, poesía que forcejea para volar y enraizarse: «me voy, me voy, me voy pero me quedo, pero me voy despierto y sin arena: adiós, amor, adiós hasta la muerte», los versos como un corte longitudinal del tiempo, lo hondamente lineal aunque siempre con escollos y escombros y ruinas, la voz con energía sonetista (n.º 19, «El rayo que no cesa», 1934-1935, imprimiéndose en la colección Héroe y en fecha pública del 24-1-1936). Las andanzas desmesuradas, desmedidas, de un corazón que no podía estarse quieto y con sueños volaba.

Ahí, aquí, la identidad del poeta y de su poesía, despedida hasta el amor y la tierra y la muerte. Un modo de mirar y de sentir y de caminar de absoluto escalofrío, latidos que se asientan casi por fuerza en luz de espera consoladora. Anudándose, fundiéndose a ramalazos tensión y violencia y decantamiento lo mismo que, sin adhesión del espejo, logran tiempo y mirada y distancia robusteciéndose las libertades de la imagen. Vivir, le domina, y lo dice a las puertas de la muerte, cuando ya no podía escribir versos, aún ardían los aldabonazos en su corazón, «para dar una solución hermosa a la vida» (carta a C. Rodríguez Spiteri, Alicante, 26-1-1942). La fuente exclusiva, primera y última, de las cosas, el regreso a sí mismo, a sus apasionados impulsos. Poesía de virtudes, las que acarrea la pobreza y la sencillez, violenta es su pureza, y transparente su belleza. ¿Se sintió suelto, como entregado al viento? En estas experiencias se hundió siempre, en tormentas y vendavales que le zaherían y sin cesar le dejaron agotado, como exhausto, pese a la rebeldía natural de su organismo.

¿Fue la atracción, supersticiosa al fin y al cabo, de la mala suerte, vivir bajo el designio de una mala estrella, tropezando, estrellándose y viéndose habitado por un tatuaje de dolor? Es lo que decía, presintiéndolo en uno de sus textos aislados y ya entre 1935 y 1936, entre «El rayo que no cesa» y «Viento del pueblo», explanándose dentro de sus mareas, cuando afirma que «Me sobra el corazón», defendiéndose de ataques de la desesperación, pero poniéndonos en su lugar y con su propia amargura, lo entendemos con claridad: «No puedo con mi estrella», y aunque es hora también es siempre, trasladándose de ayes de un día a lamentos de otro día cualquiera: «Hoy estoy sin saber yo no sé cómo» y en el verso siguiente, cual respuesta a su aserción, leemos aclaradoras situaciones psíquico-cronológicas, sin necesidad de método alguno, es sentirse ajetreado y en desaliento: «hoy estoy para penas solamente».

Pero ya llevaba en sus venas ese camino, esa inmensa pena que le revestía, ¿qué otra paisajística divisaba?, y lo expresa en el soneto 19 de «El rayo que no cesa», como si quisiese cerrar sus labios de queja, advertencia de que no se conformaba, y a sabiendas de que la sombra es la fuente de la luz:

Lo que he sufrido y nada todo es nada
para lo que me queda todavía
que sufrir el rigor de esta agonía...

No lo supo, tenía que apurar el cáliz de España y de su vida, el terrible cáliz que la sensibilidad césarvallejiana había disuelto como sangre acuchilladora en su sangre. Aquella alegría tan suya, la del querer en su voz derramada, la que para cantar enarbolaba el alba, iba a apagarse. El poeta se vio abocado a un temprano morir en su vida y en su poesía, los comienzos de dinámica en sus raíces pusieron jalones terribles de amor, vida y muerte.

El tiempo miguelhernandiano no logró disponer de remanso, se le llenó la boca de sangre, no se veían pleonasmos de escritura o de tránsito corpóreo y terrestre, fue su palabra entrañablemente asumida día a día, heridas que tan sólo por amor le salían de un corazón excesivo y que hicieron imposible cualquier desfallecimiento, cualquier camino de aquietamiento. Fue su poesía, en sus terrenos de identidad más emocionante, tierna y desafiadora, amplia y en aprendizaje incesable de mucho amor y en mala hora truncado por la muerte.